

LA PSICOLOGÍA SOCIAL: ¿SOCIAL O SOCIOLÓGICA?

JOSÉ RAMÓN TORREGROSA PERÍS

Catedrático de Psicología Social
Facultad de Ciencias Políticas y Sociología
Universidad Complutense de Madrid

INTRODUCCIÓN: ETIQUETAS Y CONFLICTOS DE DEFINICIÓN

Quizá sea oportuno, en el momento de celebración del primer centenario de la inicial institucionalización universitaria de la Sociología, compartir algunas reflexiones sobre un aspecto de esa institucionalización en el presente, en el más inmediato presente, como el que se refiere al encaje o ubicación de la Psicología Social, uno de los subcampos tradicionalmente centrales de la Sociología (del Campo, 1962), pero cuya continuidad en ella se ha visto contestada por la Facultad de Psicología de la Universidad Complutense, a pesar de haber sido creada como cátedra, departamento y especialidad universitarias, por primera vez en España, en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la misma Universidad.

El tema, ciertamente, no es divertido; sobre todo cuando se ha hecho patente, si no lo era ya suficientemente, la intrascendencia intelectual de mantener rígidas fronteras disciplinarias en las ciencias sociales y humanas, como muy bien ha señalado Levine (Levine, 1995), entre otros. Pero la prevalencia exclusivista de injustificados corporatismos puede tener consecuencias graves: académica, científica y profesionalmente. Mi intervención tendrá pues un carácter polémico, y, sin duda, poco novedoso.

La hipótesis —o mejor tesis— que voy a sostener es que la Psicología Social, para tener sentido como disciplina científica, ha de ser no sólo social, sino sociológica. Porque social es toda psicología humana.

Lo que, por tanto, puede conferir especificidad a una Psicología Social como suficientemente diferenciada de una Psicología General o Básica, es su carácter de sociológica. Y ese carácter sólo puede adoptarlo siendo Sociología. Esta tesis será el hilo conductor de los argumentos y consideraciones que siguen.

Para ello, primero, haré algunas referencias históricas de gran repercusión en el desarrollo de la psicología social psicológica; me referiré, en segundo lugar, a la así llamada crisis de la Psicología Social que, sin duda, ha supuesto un punto de inflexión en su desarrollo reciente y, por último, describiré el sentido desde el que cabe interpretar algunos desarrollos recientes de la psicología social europea y latinoamericana.

Habitualmente se considera que las definiciones son un elemento irrelevante en la configuración de un campo del saber, dado que son simples enunciados intencionales o voluntaristas, y que, difícilmente, pueden condensar el alcance real de lo que un campo del saber es realmente. Se señala que hay tantas definiciones como autores, como cultivadores de ese campo.

Pero las definiciones tienen una mayor significación de lo que normalmente se cree. Ellas revelan las concepciones básicas de una ciencia; igualmente, ellas expresan el mapa inicial del territorio que, en principio, un campo del saber está interesado en, y legitimado para, investigar. Precisamente definir significa establecer límites, fronteras, y todos sabemos —en una época de efervescentes nacionalismos, también hay nacionalismos disciplinarios— que las fronteras y la territorialidad están en la base de las confrontaciones y conflictos a través de las cuales se dirimen el *status* y el poder relativos de los individuos y de los grupos. En el campo de los saberes científicos, tales confrontaciones son discursivas y simbólicas, pero no por ello menos apasionadas y teñidas por intereses que las que se producen en el campo de la política o de la economía. Los científicos son hombres y mujeres como los demás; forman parte de grupos y culturas diferentes que, estructuralmente, conforman sus perspectivas y sus intereses en tanto que están insertos en esos grupos y culturas diferentes. Por eso, sus concepciones no pueden reflejar sólo lo que creen ser el producto de la actividad de su mente individual, de su pensamiento más personal, sino también los intereses y perspectivas de los grupos a los que pertenecen.

Pero si bien subyacen a las definiciones latentes oposiciones de intereses corporativos, no es menos cierto que reflejan los conceptos básicos de un campo y las grandes líneas de investigación en que se desenvuelven, así como el modo en que se abordan los problemas que se plantea y a los que intenta responder.

ALGUNOS ANTECEDENTES HISTÓRICOS

La expresión Psicología Social no parece tener un claro significado explícito fuera de las múltiples tradiciones conceptuales y/o metodológicas en que se usa, dependiendo mucho de qué se entienda por Psicología y, sobre todo, qué significado se adscriba al término social (Flick, 1998). Por otra parte, la que ha sido la orientación dominante de la Psicología Social académica no se apartaría excesivamente de las ideas mantenidas por un autor tan significativo como Floyd Allport. Para él, la Psicología Social es fundamentalmente Psicología, y muy secundariamente social, sea lo que fuere lo que se entienda por social. Así nos dice en un texto que ha tenido carácter fundacional para esa Psicología Social académica durante décadas, desde 1924:

No existe una psicología de los grupos que no sea esencial y totalmente una psicología de los individuos... Sus necesidades biológicas son el fin para el cual sus conductas sociales son medios desarrollados. En el interior de su organismo están todos los mecanismos que explican su conducta social. Igualmente, no hay conciencia a excepción de la de los individuos. La psicología, en todas sus ramas, es la ciencia del individuo: "science of the individual" (Allport, F.H., 1924, p. 4).

O, un poco más adelante, en su famoso texto,

La psicología social se ha desarrollado en gran medida merced a los trabajos de los sociólogos. Es un error, sin embargo, suponer, como lo han hecho algunos, que es una rama de la sociología más bien que de la psicología... Es ciertamente un interés legítimo considerar la conciencia y la conducta sociales meramente como fase de la psicología del individuo, en relación a una parte de su medio, sin tener en cuenta la formación o el carácter de los grupos que resultan de estas reacciones. A pesar de los buenos oficios y del interés de los sociólogos las dos ciencias deben permanecer como campos separados de la investigación (idem, p. 11).

No es posible entrar ahora en un análisis pormenorizado de las implicaciones de textos programáticos de esta naturaleza. Otros autores (Deleule, 1972; Danzinger, 1990, 1997; Farr, 1990, 1996; Cherry, 1995) lo han hecho ya con gran penetración. Sí me interesa destacar, no obstante, un aspecto que apenas ha sido señalado —por lo menos explícitamente— con anterioridad sobre este pronunciamiento científico: Que a diferencia de la insuficiencia y ambigüedad conceptuales manifiestas en él, un mensaje se manifiesta con toda claridad: La Psicología Social es *exclusivamente* psicología. Y lo es porque se ocupa de la conducta y la conciencia del individuo, aunque en sus aspectos sociales, y *malgré tout* la Psicología Social debe ser sólo Psicología. Esta posición se ha visto reforzada y continuada en el tiempo por los "Handbooks", y, desde ellos, especialmente por autores de tanta influencia como Allport, G. (1954, 1968, 1985) y Jones, E. (1985, 1998).

Independientemente de que el tipo de Psicología en que estaba instalado Allport fuese un marco conceptual adecuado, tanto para la Psicología general como para la Social, parece bastante obvio que gran parte de la confusión a que inducen definiciones como la suya radica en el significado que se adscriba a la expresión *social*, o *aspectos sociales*. Pero sin entrar siquiera en la especificación del contenido de esos términos, cabe preguntarse ingenuamente si una Psicología no social, o asocial, es posible. Toda psicología humana —individual o colectiva— tiene que habérselas con “aspectos sociales” y, por tanto, es “social”. En cierto modo, la expresión psicología social es tautológica, puesto que toda psicología es social.

El problema tampoco se resuelve, a mi entender, si, como es habitual, incluido el propio Allport, decimos que una Psicología es social cuando o porque se ocupa de “lo social”. El objeto material de una ciencia sólo indica el ámbito o dominio de la realidad que estudia o se propone estudiar, pero no cómo o desde qué punto de vista la estudia. La Psicología Social puede ser —y una gran parte de ella lo es— poco “social”; paradójicamente, muy “individualista”. Si lo que entendemos por Psicología Social es básicamente la extensión del punto de vista de la Psicología a “lo social”, entonces no resulta sorprendente ese sesgo “individualista”, dado que el nivel de la teorización psicológica ha solido desenvolverse en torno al sistema de la personalidad, o alguno de sus subsistemas. Sus unidades de análisis son, desde la perspectiva de otras ciencias sociales, más bien moleculares. Dadas estas estipulaciones analíticas y el *ethos* individualista de la cultura occidental se comprenden las observaciones de Parsons (1954) sobre una tendencia general de la teoría psicológica (MacDougall, Gestalt, Koffka, Lewin, Tolman, Psicoanálisis) a:

1) Reificar el organismo, el cual, en virtud de su constitución genética, se supone proporciona las bases “reales” para la estructura de los sistemas conductuales; 2) reificar la “unidad real de la conducta”, que puede ser, bien la secuencia E-R de los conductistas, o, digamos, la momentánea “gestalt” de la percepción. Esto se ve entonces como la clave para la comprensión de toda la conducta; o, finalmente, 3) reificar el individuo, la personalidad definida más o menos claramente en términos de “acción”. De su conocimiento, independientemente de sus relaciones sociales pasadas o presentes, se hace depender la genuina comprensión de cómo se comportarán, cuando juntos, forman sociedades (Parsons, p. 101).

Estas observaciones apuntan no sólo a las dificultades reales de entender la conducta social sólo desde la teoría psicológica al uso, sino a la tensión permanente hacia un reduccionismo de “lo social” a lo psicológico-individual, o, incluso, lo orgánico. Si añadimos a esta tendencia su correspondiente paradigma metodológico, el experimental-naturalismo, están sentadas las bases para el establecimiento de la psicología social dominante, así como para la reacción ulterior de toda la bibliografía que ha girado en torno de la crisis, y, un poco más tarde, de lo que se ha venido en llamar la Psicología Social europea, a la que me referiré más adelante,

y, más recientemente, de la psicología social crítica (Wexler, 1983; Rogers y otros, 1995; Ibáñez e Íñiguez, 1997). Lo que ahora me importa subrayar es que si la expresión Psicología Social se entiende como Psicología de "lo social", es decir, si se mantiene sólo el nivel de análisis psicológico, no tenemos por qué sorprendernos de que el desarrollo de la psicología social haya llegado a ser, valga la paradoja, tan "individualista", un recurso intelectual para individualizar atomísticamente la sociedad y, en cierto modo, despersonalizar al individuo.

Estas críticas suelen ser contestadas señalando el hecho de la existencia de —por lo menos— dos psicologías sociales, una de orientación psicológica y otra de orientación sociológica, implicando que ambas son reduccionistas hacia las disciplinas matriz en la que están instaladas. En este sentido, se diría que, si cabe observar un sesgo psicologista en la psicología social psicológica, también existe un sesgo sociologista en la psicología social sociológica. Este argumento, aparentemente equilibrador, no creo que refleje adecuadamente la realidad de la situación. En primer lugar porque el marco conceptual en que de modo más representativo se ha ido desarrollando la psicología social sociológica, a saber, el interaccionismo simbólico, difícilmente puede considerarse como reduccionista. Muy al contrario, uno de sus logros intelectuales más significativos puede decirse que ha sido resolver brillantemente las viejas antinomias individuo-sociedad, mostrando como ambas son constituidas a través de procesos de comunicación e interacción social. Esto es así incluso en la variante más estructural, como podría ser la de Stryker, y en cierto sentido Goffman.

Una de las críticas más frecuentes al interaccionismo simbólico procedentes de los sociólogos es precisamente la de que la estructura social es disuelta en las mentes y las acciones de los individuos. En segundo lugar, otras corrientes sociológicas relevantes para la psicología social, como la estructural-funcionalista desde Parsons (1959) a Inkeles (1959, 1963), pasando por Smelser (1970), Merton, Jeffrey Alexander, o algunos de sus colegas europeos como Bernhard Giesen o Richard Münch (1987), tampoco creo que puedan considerarse como reduccionistas. Sus preocupaciones por aclarar la naturaleza de los nexos de los niveles analíticos micro-macro —ya desde el propio Parsons— revelan esa consciencia antirreduccionista. En tercer lugar, siempre han existido en la teoría sociológica tradiciones "individualistas" que, aunque con muy distintos fundamentos, como la teoría de la acción, la fenomenología, o la teoría del intercambio, exhiben afinidades psicossociológicas muy evidentes y, en algunos casos como Homans, un explícito reduccionismo psicologista. Y difícilmente podrían calificarse como sociológicamente reduccionistas a teóricos actuales como Giddens o Habermas. Por último, el mayor peso institucional, académico-científico y profesional de la Psicología le ha permitido

un grado de autonomía disciplinaria mayor que el de la Sociología y una mayor influencia sobre ésta que a la inversa (House, 1991).

A la vista de estas consideraciones, creo que no pueden ponerse en un mismo plano, teórico o funcional, las dos psicologías sociales, respecto de sus respectivas disciplinas de origen.

ALGUNAS NOTAS SOBRE LA CRISIS

Pero independientemente de la plausibilidad de los argumentos esgrimidos en la caracterización de la disciplina desde sus dos perspectivas principales de origen, dos hechos parecen perfilarse claramente a lo largo de los años cincuenta: por una parte, la situación hegemónica del paradigma de la orientación psicológico-individualista; y, por otra, una cierta insatisfacción con esa unilateral hegemonía. Esa insatisfacción se manifiesta en distintas publicaciones, simposios y conferencias, en las que se hace balance del estado de la disciplina, y se manifiesta reiteradamente la necesidad de tomar en consideración las variables sociales, el contexto real de la interacción, etc. Como intento de superar esa escisión entre las dos orientaciones, la psicológica y la sociológica, puede ser interpretada la puesta en funcionamiento de algunos "Joint Programs" entre los Departamentos de Psicología y Sociología, tales como los de Michigan y Harvard, y cuyo fracaso en la búsqueda de una identidad unitaria de la disciplina hacia mediados de los años 60 coincide con la aparición de textos en los que comienza a hablarse abiertamente de la crisis de la Psicología Social.

Desde las advertencias de Deutsch y Krauss (1965), Katz (1966) y Ring (1967), a las de Parker (1990) o las contenidas en el volumen editado por Leary (1989), toda ya una inmensa bibliografía ha ido ya gestándose en torno a la insatisfactoria incertidumbre y problematicidad suscitadas en torno a los progresos científicos previstos por quienes, todavía unos años antes, los prometían a condición de que, de modo estricto y riguroso, se siguiesen los cánones que ellos decían ser los únicos y verdaderamente científicos. Las dudas en torno a la consistencia, validez y acumulatividad de tales progresos, así como sobre su utilidad para la sociedad en la que eran producidos —y mucho más para otras sociedades— comenzaron a ser objeto de reflexión y de debates internos hasta convertirse en capítulo obligado de toda referencia que tratase de los problemas generales de la disciplina. Desde una confiada idea en el buen camino hacia el progreso científico, se pasó en la década de los sesenta y setenta a un sentimiento de desánimo y desorientación, expresados sin ambages por destacados investigadores.

En 1963 Berkowitz afirmaba creer con cierta seguridad en la progresiva subsunción de la psicología social en la psicología experimental, y escribía que:

Los principios psicosociológicos ciertamente pueden resultar ser sólo casos particulares de leyes psicológicas más generales" (Berkowitz, 1963).

Pero en 1972 escribía el mismo autor que:

La psicología social se encuentra hoy en un "estado de crisis", en el sentido en que Kuhn utilizó este término en La estructura de las revoluciones científicas. Parecemos desorientados sobre qué problemas importantes investigar y qué modelos utilizar en nuestra investigación teórica y empírica. Es ciertamente tiempo de reflexión, de ver dónde estamos y hacia dónde debemos encaminarnos... (Cit. por B. Smith, 1972).

También Moscovici, desde lo que se consideraba entonces como Psicología Social europea afirmaba:

Debe admitirse que la psicología social no es, verdaderamente, una ciencia. Queremos darle una apariencia de ciencia utilizando los razonamientos matemáticos y los razonamientos del método experimental; pero el hecho es que la psicología social no puede describirse como una disciplina con un cuerpo unitario de interés, un marco sistemático de criterios, un cuerpo coherente de conocimientos, o, incluso, un conjunto de perspectivas comunes compartidas por quienes la practican... Un fundamento sólido para el futuro no existe aún (Moscovici, 1972).

Un *ethos* muy similar aparece en una gran cantidad de autores (B. Smith, 1972; McGuire, 1973, 1999; Gergen, 1973; Harré y Secord, 1972; Armistead, 1973; Steiner, 1973; Gadling e Ingle, 1975; Silverman, 1977; Cartwright, 1980, etc.) durante la década de los setenta. De entre ellos, ha sido probablemente la continuada obra de K. Gergen y R. Harré la que mejor ha expresado y sigue expresando, en términos filosófico-científicos, ese *ethos*, que, aunque con menor intensidad, ha venido expresándose también durante los ochenta (Gilmour y Duck, 1980; Rosnow, 1981; Wexler, 1983; Blackler, 1983; Bar-Tal y Kruglanski, 1988; López y Zúñiga, 1988; Parker, 1989; Rijsman y Stroebe, 1989; Leary, 1989; Greenwood, 1989; Parker y Shotter, 1990; Himmelweit y Gaskell, 1990). Y que, según algunos (House, 1991), parece seguir en la actualidad.

Que a esa inquietud y relativa inseguridad epistemológica se le llame crisis de la psicología social quizá sea una afirmación exagerada, como dicen Ritzer y Gindoff (1992). Ahora bien, si el término se restringe a la psicología social psicológica que había asumido el diseño que para ella había hecho Floyd Allport, entonces no creo que la expresión crisis sea exagerada. Y ello porque, los cambios, desarrollos y mutaciones que se observan en su derredor no responden precisamente al despliegue de los supuestos de tal programa. No ha habido, por tanto, una crisis de la psicología social en su conjunto, sino una crisis de un determinado paradigma dentro de ella: el paradigma experimental-naturalista-individualista, elevado por Floyd Allport y sus continuadores a la categoría de único paradigma científico posible para esta disciplina.

Creo que en el trasfondo de la así llamada crisis de la psicología social subyacen tres aspectos que podrían agrupar los factores originarios de la misma: primero, la inadecuada constitución inicial, debido sobre todo a la consagración de los planteamientos en línea con los de Floyd Allport; segundo, el origen plural, sobre todo dual, de la historia de la psicología social, lo que ha contribuido a su indefinición y confusión conceptual, a dos ideologías corporativas que se han percibido con intereses contrapuestos y con recelos mutuos; y tercero, la especial contextura teórica y meta-teórica de la psicología que siempre se ha orientado hacia un cierto naturalismo, en gran medida reduccionista, descansando en el positivismo lógico como filosofía científica. En cierto modo, en la Psicología Social se ha producido una situación análoga de incertidumbre y malestar a la que se ha producido en el conjunto de las ciencias sociales, tal y como ha mostrado Donald Levine, subrayando en cambio factores externos tales como la mayor escasez de recursos para la investigación y la pérdida de prestigio y status en la sociedad, que hicieron más amenazadoras las diferencias, disensiones o disputas internas (Levine, op. cit., pp. 284-297).

LOS ECOS DE LA CRISIS EN UN CONTEXTO MÁS AMPLIO

En general, los análisis críticos han ido expandiendo el contexto de interpretación desde una más o menos clara expresión de la insatisfacción sobre el estado de la disciplina, a análisis ideológicos que adoptan la perspectiva de la sociología del conocimiento y/o de la ciencia, o en historias "deconstructivas" a la usanza foucaultiana (Parker y Shotter, 1990; Ibáñez, 1989, 1994; Gordo y Linaza, 1995).

En realidad, el contexto de interpretación se ha extendido hasta el punto de incluir la dimensión norte-sur (Blackler, 1983; Salazar, 1983; López y Zúñiga, 1988; Martín-Baró, 1983 y 1989; Zaiter, 1989; Montero, 1994). En este sentido, una interesante interpretación nos la proporciona un trabajo de Moghaddam (1987). Su tesis es que la crisis ha sido provocada, en gran medida, por la no-aceptación, por parte del segundo mundo (que así llama Moghaddam a los países europeos y a aquéllos más influidos por éstos como Canadá y Australia) de la psicología social dominante, convencional del primer mundo, es decir, la norteamericana. El autor señala las reticencias y desconfianzas críticas hacia la psicología norteamericana de autores como Moscovici, Tajfel, Plon, Billig, etc. El núcleo de su tesis sería que ante la imposibilidad de ser aceptada en los países del segundo mundo, ante las dificultades de universalización, los psicólogos sociales norteamericanos habrían empezado a reanalizar sus presupuestos, a tomar consciencia de las limitaciones y de la irrelevancia de su campo, y a cuestionarse las bases de su conocimiento y los métodos utilizados para generarlo.

La resistencia de los psicólogos sociales europeos se debió en gran parte a las insuficiencias de la psicología social norteamericana para las necesidades y características de sus entornos socioculturales, y a la necesidad de generar una psicología social propia. Todo ello habría inducido al desarrollo de una psicología social europea desde unas bases epistemológicas y con un talante ideológico diferente del norteamericano. La aparente coherencia, unidad y universalidad paradigmáticas habrían desaparecido con esta autosuficiente disidencia europea.

En realidad, la intención de Moghaddam es extraer las consecuencias legitimatorias de la reciente historia intelectual de la psicología social en Europa, para proponerla como ejemplo posible a los países del tercer mundo. Éstos no pueden aceptar acríticamente el saber social y psicológico generado en los países ricos porque su situación es muy distinta a la de aquéllos y, como ha señalado Gustav Jahoda, las teorías al uso en la psicología social experimental carecen de validez en el contexto social del tercer mundo (Jahoda, 1983). De ahí que los países del tercer mundo se vean obligados a desarrollar su propia psicología social, no por razones ideológicas, sino por razones estrictamente científicas. Es decir, ningún mimetismo fácil ni subalterna pseudo-internacionalización nos relevaría de la crítica tarea de situar adecuadamente el contexto de investigación, de anclar la investigación en las tradiciones intelectuales y científicas propias, sin que ello signifique necesariamente un estrechamiento de la perspectiva, sino un esfuerzo por radicar desde la experiencia colectiva, de la que es el pensamiento una manifestación más, la postulación de conceptos, hipótesis y teorías; y ello desde una sensibilidad selectivamente orientada hacia los referentes del entorno social próximo, de tal modo que el núcleo problemático de las investigaciones respondiese más a la especificidad de ese entorno que a otros de historia y realidad presente muy diferentes (Correa y Zaiter, 1996).

En cualquier caso, el conjunto de problemas tratados en la bibliografía sobre la crisis iniciada a principios de los setenta es de capital interés también para nosotros. No probablemente del mismo modo en que lo pueda ser para países con una historia más dilatada en la investigación y docencia en nuestro campo, aunque sí como ejemplo de desarrollo que no deberíamos repetir. Puede ser ocasión para plantearse problemas centrales de orientación de la disciplina, como nos ocurre en cierto modo ahora mismo. El análisis detenido de lo que ha sido la crisis de la psicología social debería liberarnos de tener que repetir un ciclo que intelectualmente, de no ser por los subyacentes intereses corporativos, debería haber quedado resuelto a la vista de la bibliografía comparada.

Hablar de crisis parece que siempre tiene connotaciones negativas y problemáticas. Sin embargo, los cuestionamientos y reflexiones que se desencadenaron en este proceso hicieron patente la necesidad de adoptar:

- Una antropología filosófica, o modelo de hombre, más acorde con la antropogénesis, y en la que los ingredientes constitutivos de la homineidad —simbolismo, lenguaje, intencionalidad, agencia, individualidad comunicativamente socializada— ya no sólo no resultan extraños, sino considerados como objeto de estudio (Ibáñez, 1989; Shotter, 1990, etc.).
- Una mayor conciencia de historicidad, tanto por lo que respecta a la condición histórica de la realidad estudiada como a la del propio conocimiento psicociológico (Tomás Ibáñez; 1989; Farr, 1990).
- En ese sentido, reconsideración y división de la reconstrucción lineal del desarrollo histórico de la psicología social, y posible diversificación cultural y disciplinaria de su historia (Graumann, 1987).
- Mayor conciencia de la relatividad del propio conocimiento psicociológico, como construcción lograda interactivamente en determinados contextos y para ciertos propósitos de los que es imposible desvincular totalmente su contenido de verdad (Tomás Ibáñez, 1989; González de la Fe y Sánchez Navarro, 1988; Medina, 1989). Pero esa relatividad no es relativismo.
- Mayor conciencia de las posibles funciones ideológicas de la psicología social en tanto que proveedora de categorías y formas de interpretación de la experiencia subjetiva, individual y colectiva. Mayor transparencia de las relaciones saber-poder.
- Mayor reconocimiento de la legitimidad de un genuino pluralismo epistémico-metódico-técnico, en que las diversas perspectivas pueden enriquecer la investigación y ampliar el campo de análisis. El laboratorio abre sus puertas hacia los contextos "naturales" de la vida cotidiana (Bar-Tal y Bar-Tal, 1988; Munné, 1990).
- Idea más matizada y crítica sobre lo que constituye el propio progreso y acumulatividad científicos, no como mecánica consecuencia de un incesante proceso de verificación.
- Un desarrollo considerable hacia el campo de las aplicaciones, lo que no sólo supone una diferenciación en términos de áreas substantivas, sino de más elaboradas concepciones sobre la intervención y la práctica.
- Todo lo cual, en mi opinión, ha venido a expandir eso que Katz (1978) llamó la *segunda psicología social* (la no experimental) y que Himmelweit y Gaskell (1990) han llamado, en expresión poco feliz; *psicología societal*, y cuya afinidad con las demás ciencias sociales es cada vez mayor.

Quizá esas consecuencias estén conduciéndonos en medio de tanta fragmentación y aparente disenso, hacia un talante más dialógico y respetuoso de las diferencias, abierto a una pluralidad de tradiciones potencialmente convergentes.

¿HACIA UNA PSICOLOGÍA SOCIAL MÁS SOCIOLÓGICA?

Subyacente a esas consecuencias me parece percibir una tensión básica: el progresivo percatamiento de la necesidad de introducir de modo sistemático el punto de vista sociológico en la psicología social convencional. Es decir, que la psicología social, para ser social, no puede permanecer siendo sólo social; tiene que ser sociológica. Y para serlo, lo lógico no es que vuelva a reinventar por sí misma las tradiciones psicosociológicas de la sociología—interaccionismo simbólico, estructura social y personalidad, etnometodología, etc.— sino asumirlas *explícitamente* como partes integrantes de sí misma. Esto implica, por tanto, que la Psicología Social es, a la vez, Psicología y Sociología, constituyendo su especificidad analítica como disciplina científica la adopción de ambos puntos de vista en el estudio de la acción e interacción humana.

Éste parece ser el espíritu que observo en líneas muy significativas de la así llamada Psicología Social europea, como es el caso del volumen editado por Himmelweit y Gatskell. Los análisis de los trabajos de Gatskell, Farr, Moscovici, Doise, Deustch, y la propia Himmelweit (y por supuesto, no sólo en este volumen, sino a lo largo de una extensa obra) son muy indicativos, en el sentido de invocar unas perspectivas en que se recurre constantemente a fuentes clásicas y más actuales de la Sociología y de otras ciencias sociales, expresando e ilustrando la necesidad de considerar sistemáticamente la organización social, las estructuras institucionales, las estructuras ideológicas y axiológicas (representaciones sociales y sistemas de ideas y creencias), movimientos sociales, el carácter constructivo de la interacción social, etc., todo lo cual supone la adopción de un punto de vista sociológico, y no meramente la psicologización de la realidad social. Esto resulta particularmente evidente en la perspectiva de Moscovici, en la que para mostrar cómo las sociedades construyen y presuponen formas de subjetividad individual, sí-mismos (self-identities), "caracteres morales", dice apoyarse en datos de la tradición del pensamiento sociológico: Weber, Simmel, Tarde, Durkheim, etc., aunque reconoce que también las otras ciencias sociales y la literatura le pueden proporcionar elementos muy significativos para ello. Ciertamente comparto la línea argumental que tan brillantemente desarrolla Moscovici. Conviene, no obstante, hacer notar que lo que la tradición del pensamiento sociológico le proporciona no son los datos, sino una forma de mirar la realidad, esto es, un *punto de vista*. Y ese punto de vista es, no sólo en la tradición, sino hoy mismo, inherente a la teoría sociológica. Es el punto de vista sociológico, el de una disciplina institucionalizada que se llama Sociología. En un trabajo reciente, Moscovici (1988) parece reafirmarse en una necesaria sociologización de la Psicología Social:

La preeminencia de lo social se ve reconocida cada vez más en los campos de la epistemología, el lenguaje y la psicología social. Personalmente estoy convencido de que ésta se acentuará... No hubiera escrito este capítulo si no estuviera también convencido de que no es suficiente con reconocerlo de boquilla... A fin de cuentas, el problema consiste en reformular la polaridad individuo-sociedad en términos definidos con mayor claridad y precisión (p. 213).

Esa llamada implícita a la reinención del punto de vista sociológico impregna igualmente el trabajo de Hilde Himmelweit. Cuando esta autora enumera las características que debería tener en cuenta una "psicología societal", muchas de ellas parecen estar urgiendo una sistemática inclusión de enfoques que van más allá de la perspectiva psicológica convencional. Por ejemplo:

1. *Los seres humanos deben ser estudiados en un contexto sociocultural.*
2. *Ontológicamente el individuo y la colectividad son inseparables...*
3. *Las personas crean las organizaciones sociales, podemos decir también que son las organizaciones sociales las que transforman a las personas...*
4. *Tenemos la necesidad de mantener una perspectiva histórica...*
5. *La interfertilización de la 'psicología societal' y las otras ciencias sociales son indispensables para un análisis adecuado de los fenómenos sociales y de los sistemas sociales...*
6. *El estudio de los fenómenos sociales requiere un enfoque multinivel, tanto macro como micro..." (pp. 22-29).*

Un comentario detenido de cada una de estas proposiciones, en gran medida desiderativas, mostraría, a mi juicio, que los programas de investigación que las tuviesen en cuenta difícilmente podrían llevarse a cabo prescindiendo de la perspectiva sociológica. Por ello, como en el caso de Moscovici, pienso que apuntan en la dirección adecuada, superadora de las contradicciones que han aquejado tradicionalmente a la Psicología Social, aunque no lo hagan explícito.

La equiparación que hace Himmelweit de la Sociología con las demás ciencias sociales respecto de su proximidad o vinculación con la Psicología Social no parece justa ni exacta. No pueden situarse, en relación con la psicología social, en un mismo plano economía, política, antropología y sociología. No reconocer desde la Psicología Social no sólo una relación o proximidad privilegiadas sino de *identidad*, aunque parcial, con la Sociología, es injusto y erróneo, tanto desde el punto de vista de la reconstrucción histórica de la disciplina como desde un planteamiento lógico-sistemático riguroso, y de las tendencias a que nos estamos refiriendo.

No creo que pueda encontrarse en las otras ciencias sociales, aparte de la Psicología, una organización científico-académica en torno a la Psicología Social, comparable a la que puede encontrarse en la Sociología. Entre los sociólogos miembros de la American Sociological Association la especialidad con la que se identifican en mayor número es precisamente la Psicología Social (Ennis, 1992).

Y una de sus publicaciones oficiales es, como es bien sabido, el *Social Psychology Quarterly*. Cuando Moscovici afirma que resulta paradójico que el pensamiento de Mead ha tenido un gran predicamento en la mayoría de las ciencias sociales, pero que en la Psicología Social ha habido una tendencia anti-Mead, la afirmación es una verdad a medias (y que puede sonar a broma a los sociólogos). Porque el legado de su pensamiento ha permanecido vivo hasta el presente como fundamento de la Psicología Social albergada en el contexto disciplinario de la Sociología. Omitir esta parte de la historia —y del presente— no sólo es ofrecer una visión sesgada de lo que la Psicología Social ha sido, es o debería ser, sino también bastante inconsecuente con los propios planteamientos. Si las dos psicologías sociales deben buscar vías de aproximación y de una común identidad, como tantos autores vienen postulando desde hace bastantes años, creo que ello requiere un explícito reconocimiento de que tanto el punto de vista psicológico como el sociológico deben integrar su constitución y futuro desarrollo (House, 1991). A no ser que, como F.H. Allport, se siga pensando que "a pesar de los buenos oficios e interés de los sociólogos, las dos ciencias deben permanecer como ramas separadas de la investigación" (p. 11). En ese caso, la oportunidad que presentan los avances de la Psicología Social europea en general y las contribuciones de perspectivas como las incluidas en *Societal Psychology*, o *The Definition of the Social*, quedarían en gran medida frustradas, así como las lecciones que pudieran extraerse de la así llamada crisis de la psicología social. Pero quizá sería más grave la negación arbitraria de la tradición sociológica de la psicología social (Cook y otros, 1994; Stryker, 1997; Lindesmith y otros, 1999).

A MODO DE CONCLUSIÓN

Pero la idea de que las dos psicologías sociales deban aproximarse o incluso integrarse plenamente en una sola disciplina científica independiente de las dos de procedencia, Psicología y Sociología, con todas sus consecuencias en cuanto a formación, organización académica y científica —idea que no es compartida, por ejemplo, por Stryker (1991)— presupone la existencia y legitimidad de una psicología social *sociológica*, y, por supuesto, que la Sociología no puede considerarse en un plano similar a las otras ciencias sociales en su relación con la Psicología Social.

Ese cortés rechazo a que una requerida articulación, unión o integración conceptual, encuentre su adecuada denominación, es decir, psicología sociológica en vez de psicología societal, puede ser expresión no sólo de una laudable vocación de multidisciplinariedad sino de la persistencia de las tendencias reduccionistas a las que he hecho referencia anteriormente.

Por eso, conviene recordar con Parsons que:

... No puede haber una Psicología Social adecuada sin una explícita y sistemática referencia a los aspectos sociológicos de la teoría de los sistemas sociales. Sin esa referencia la Psicología Social se convierte en una mera tapadera del sesgo psicologista en la interpretación de los fenómenos sociales" (Parsons, 1951, p. 553).

Esta explicitación y/o sistematicidad es lo que parece estar ausente en los planteamientos de la actual Psicología Social europea, y lo que creo debo subrayar aquí.

Consideraciones similares podrían hacerse respecto a la Psicología del así llamado Tercer Mundo. En un reciente número monográfico del *Journal of Social Issues* (vol. 46, nº3, 1990), dirigido por Tod S. Sloan y Maritza Montero, se avanzan diversas recomendaciones para una Psicología más sensible y pertinente a las exigencias y necesidades de los países del Tercer Mundo. Esas recomendaciones revelan, sin decirlo explícitamente, la necesidad de incorporar en la Psicología un punto de vista más sociológico, más pegado a las realidades del hombre concreto en sus circunstancias sociohistóricas, culturales, económicas y políticas. Las abstracciones de un larvado reduccionismo experimental-naturalista que supuestamente nos llevaría a la tierra promisoría de una predictiva ciencia universal de la conducta, sólo ha mostrado hasta ahora su inoperancia para los problemas específicos de los países del Tercer Mundo.

Sloan, citando a Sinha (1990), señala como causas de esa inoperancia las siguientes:

1) Una excesiva dependencia de la concepción del mundo euro-norteamericana; 2) un sentido distorsionado de las prioridades científicas; 3) irrelevancia de los modelos y hallazgos del "mundo desarrollado" (moderno) para el "mundo subdesarrollado" (o tradicional); 4) falta de perspectiva sobre los procesos y estructuras sociales más amplias; 5) falta de interdisciplinaridad; 6) ausencia de un enfoque centrado en los problemas "reales"; 7) las constricciones de una metodología científico-naturalista, de orientación cuantitativista y atendida al método hipotético-deductivo; 8) carencia de instrumentos de investigación adecuados para poblaciones de poca educación formal, o analfabetas, y, por último, 9) programas de investigación fragmentarios e inconexos (p. 8).

Es indudable que estos factores guardan una estrecha analogía con los que en los años 70 fueron señalados como los inductores de esa crisis de la Psicología Social a la que nos hemos referido; aunque en este caso conviene subrayar que se hacen extensivos a la Psicología en su conjunto, y no sólo a la Psicología Social. En cualquier caso, indican bien a las claras la necesidad de adoptar una perspectiva más sociológica.

Así sucede cuando, por ejemplo, Maritza Montero invoca la utilidad del concepto de ideología (Montero, 1990), o cuando señala que la producción autóctona de textos "... abrió la puerta a nuevos temas; a nuevas perspectivas y coincidieron con el inicio de una nueva praxis marcada por la derivación cada vez más perceptible

hacia una Psicología Social más sociológica, más cercana a teorías y puntos de vista provenientes de las ciencias sociales...", aunque eso sí, "sin sacrificar a ellas su nivel de análisis y de explicación" (Montero, 1994b, p. 156). Las mismas implicaciones pueden verse cuando Martín-Baró nos dice que "la ideología no puede ser reducida a un grupo de ideas y valores que orientan, en mayor o menor medida, la vida de la persona; debe incluir el sistema de fuerzas sociales que la constriñen... Obviamente, las fuerzas sociales son realidades históricas, y es precisamente esa historicidad la que es ignorada, como un determinante intrínseco de las conductas que analizamos, en los análisis psicosociales dominantes" (1990, pp. 94-95; 1998).

Y cuando Moghaddam (1990) aboga por una *Psicología generativa*, es decir, una Psicología que se proponga contribuir al cambio de las sociedades en desarrollo —frente a una *Psicología moduladora* que tiende a consagrar el *status quo*— está también invocando la necesidad de adoptar un punto de vista más sociológico.

La mera importación y trasplante del conocimiento psicológico desde los países desarrollados a los países en vías de desarrollo ha cumplido históricamente la función de mantener la dependencia de éstos con respecto a aquéllos. Romper ese proceso supone el intento de crear una Psicología autóctona, propia, que piense desde sí misma y para sí misma, los problemas y los conceptos, las teorías y los instrumentos de investigación.

Como ha dicho el filósofo peruano Salazar Bondi (1968, 1988) "en ciencia y en filosofía sólo quien tiene la clave de la teoría puede hacer suyos los avances mayores de la civilización. Si nos es necesaria la filosofía estricta debe comprender la teoría y, a la vez, la aplicación, concebidas y ejecutadas al modo propio, de acuerdo con nuestras pautas y categorías" (p. 354).

Por consiguiente, pues, y a la vista de lo expuesto hasta ahora, la tesis que venimos sosteniendo —a saber, que la Psicología Social, para ser auténticamente social, tiene que ser sociológica (con todo lo que ello implica en el campo de la teoría, de la investigación y de la institucionalización académica)— parece bastante plausible. Es ésa una de las tendencias básicas que se ha producido en el desarrollo de la disciplina durante los últimos lustros. Es una forma de interpretar las tensiones iniciales de definición, tan problemáticas en un campo intersticial, las derivadas de la crisis y la emergencia de la así llamada Psicología Social europea, y las exigencias y oportunidades que para la Psicología presenta el actual momento de internacionalización y globalización de la experiencia humana. Lo que no hace sino revelarnos, una vez más, la profunda unidad de las ciencias sociales, y el reto que para nuestra formación supone una exigente interdisciplinariedad.

Puede argüirse que ésta es la versión interesada desde la Sociología. Es posible. Pero véase lo que dice un psicólogo, buen conocedor de la historia de la Psicología,

Robert Farr (1996), expresada en su reciente libro sobre *Las raíces históricas de la moderna psicología social*:

... Es difícil para los psicólogos sociales de procedencia psicológica percatarse adecuadamente de los efectos distorsionadores de su disciplina matriz. Sería prudente, por tanto, orientarse hacia otras formas de psicología social que no estén sujetas a esa misma forma de influencia distorsionadora. Pero no hay necesidad de que los psicólogos inventen nuevas formas de psicología social. Existen ya, aunque en otras disciplinas que no son la psicología (p. 131).

Obviamente en la Sociología.

BIBLIOGRAFÍA

- ALEXANDER, J.C.; GIESEN, B.; MÜNCH, R. y SMELSER, N.J. (eds.): *The Micro-Macro Link*, California University Press, 1987.
- ALLPORT, F.H.: *Social Psychology*, Boston, Houghton Mifflin, 1924.
- ALLPORT, G.: "The Historical Background of Modern Social Psychology", en LINDZEY, G. (ed.): *Handbook of Social Psychology*, vol. 1, Reading, Massachusetts, Addison-Wesley, 1954, pp. 3-56.
- : "The Historical Background of Modern Social Psychology", en G. Lindzey y E. Aronson (eds.), *The Handbook of Social Psychology* (second edition), vol. 1, Reading, Massachusetts, Addison-Wesley, 1968, pp. 1-80.
- : "The Historical Background of Social Psychology", en G. Lindzey y E. Aronson (eds.), *The Handbook of Social Psychology* (third edition), vol. 1, Nueva York, Random House, pp. 1-46.
- ARMISTEAD, N. (ed.): *Reconstructing Social Psychology*, Penguin, Harmondsworth, 1973. (Hay traducción castellana en Barcelona, Hora, 1974.)
- BAR-TAL, D. y BAR-TAL, Y.: "A New Perspective of Social Psychology", en D. Bar-Tal y Kruglanski (eds.), *The Social Psychology of Knowledge*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, pp. 83-108.
- BAR-TAL, D. y KRUGLANSKI (eds.): *The Social Psychology of Knowledge*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988.
- BERKOWITZ, L.: "Social Psychological Theorizing", en G. Marx (ed.), *Theories in Contemporary Psychology*, New York, MacMillan, 1963, pp. 378. Citado en B. Smith, "Is Experimental Social Psychology Advancing?", en *Journal of Experimental Social Psychology*, 8, 1972, 86 pp.
- BLACKLER, F. (ed.): *Social Psychology and Developing Countries*, New York, Wiley, 1983.
- CAMPO, S. del: *La Sociología científica moderna*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1962.

- CARTWRIGHT, D.: "Contemporary Social Psychology in Historical Perspective", en *Social Psychology Quarterly*, vol. 42 (1), 1980, pp. 82-93.
- CHERRY, F.: *The "stubborn particulars" of Social Psychology*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1995.
- COOK, K.S.; FINE, G.A. y HOUSE, J.S. (eds.): *Sociological Perspectives on Social Psychology*, Boston, Allyn y Bacon, 1995.
- CORREA, N. y ZAITER, J.: "Problemas de aplicación e intervención en Psicología Social", en J.L. Álvaro, A. Garrido y J.R. Torregrosa (eds.), *Psicología Social Aplicada*, Madrid, McGraw-Hill, 1996.
- DANZINGER, K.: *Constructing the subject: Historical origins of Psychological research*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.
- : *Naming the mind*, Londres, Sage Pub, 1997.
- DELEULE, D.: *La psicología, mito científico*, Barcelona, Anagrama, 1972.
- DEUTSCH, M. y KRAUSS, R.H.: *Theories in Social Psychology*, New York, Basic Books, 1965. (Hay traducción castellana en Buenos Aires, Paidós, 1973.)
- ELMS, A.C.: "The Crisis of Confidence in Social Psychology", en *American Psychologist*, October 1995, pp. 967-976.
- ENNIS, J.G.: "The Social Organization of Sociological Knowledge: Modeling the Intersection of Specialties", en *American Sociological Review*, vol. 57, 1992, pp. 259-265.
- FARR, R.: "Waxing and Waning of Interest in Societal Psychology: A Historical Perspective", en H.T. Himmelweit y G.F. Gaskell (eds.), *Societal Psychology*, London, Sage, 1990, pp. 46-65.
- : *The Roots of Modern Social Psychology*, Cambridge, Blackwell, 1996.
- GALDING, H. e INGLE, G.: "Through the One-Way Mirror. The Limits of Experimental Self-Reflection", en *American Psychologist*, October 1975, pp. 1.003-1.009.
- GERGEN, K.: "Social Psychology as History", en *Journal of Personality and Social Psychology*, nº 26, 1973, pp. 309-320.
- GILMOUR, R. y DUCK, W.J. (eds.): *The Development of Social Psychology*, Londres, Academic Press, 1980.
- GONZÁLEZ DE LA FE, T. y SÁNCHEZ NAVARRO, J.: "Las sociologías del conocimiento científico", en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº 43, 1988, pp. 75-124.
- GORDO, I. y LINAZA, J.L. (eds.): *Psicologías, discursos y poder*, Madrid, Visor, 1995.
- GRAUMANN, C.F.: "History as Multiple Reconstruction: of Mainstreams, Tributaries and Undercurrents", 1987, en G.R. Semin y J.D. Greenwood, *Explanation and Experiment in Social Psychological Science*, New York, Springer-Verlag, 1989.
- HARRE, R. y SECORD, P.F.: *The Explanation of Social Behaviour*, Oxford, Blackwell, 1972.

- HIMMELWEIT, H.T. y GASKELL, G. (eds.): *Societal Psychology*, London, Sage, 1990.
- HOUSE, J.S.: "Sociology, Psychology and Social Psychology (and Social Science)", en C.W. Stephan, W.G. Stephan, and T.F. Pettigrew (eds.), *The Future of Social Psychology*, Nueva York, Springer-Verlag, 1991, pp. 45-60.
- IBÁÑEZ, T.: *Psicología Social Construccionalista*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1994.
- : "La psicología social como dispositivo deconstruccionista", en T. Ibáñez Gracia (ed.), *El conocimiento de la realidad social*, Barcelona, Sendai, 1989, pp. 109-133.
- IBÁÑEZ, T. (ed.): *El conocimiento de la realidad social*, Barcelona, Sendai, 1989.
- IBÁÑEZ, T. e ÍÑIGUEZ, L. (eds.): *Critical Social Psychology*, Londres, Sage Pub, 1997.
- INKELES, A.: "Personality and Social Structure", en R.K. Merton, L. Broom y J.R., L.S. Cottrell (eds.), *Sociology Today*, vol. II, 1959, Harper and Row, pp. 249-276.
- : "Sociology and Psychology", en S. Koch (ed.), *Psychology: A Study of a Science*, vol. 6., Nueva York, McGraw Hill, 1963, pp. 317-387.
- JAHODA, G.: "Has Social Psychology a Distinctive Contribution to Make?", en F. Blackler (ed.), *Social Psychology in Developing Countries*, New York, Wiley, 1983, pp. 25-31.
- JONES, E.E.: "Major developments in social psychology during the past five decades", en G. Lindzey y E. Aronson (eds.), *The Handbook of Social Psychology* (third edition), vol. 1, Nueva York, Random House, 1985, pp. 1-46.
- : "Major developments in five decades of social psychology", en D.T. Gilbert, S.T. Fiske y G. Lindzey (eds.), *The Handbook of Social Psychology* (fourth edition), vol. 1, Boston, Massachusetts, McGraw-Hill, 1988, pp. 3-57.
- KATZ, D.: *Journal of Personality and Social Psychology*, nº 7, 1966, pp. 341-344.
- : "Social Psychology in Relation to the Social Sciences: The Second Social Psychology", en *American Behavioral Scientist*, nº 21 (5), 1978, pp. 779-792.
- KRAHE, B. (ed.): *Issues in Contemporary German Social Psychology*, New York, Springer-Verlag, pp. 1-15.
- LEARY, M.R.: *The State of Social Psychology*, London, Sage, 1989.
- LEVINE, D.N.: *Visions of the Sociological Tradition*, Chicago, The University of Chicago Press, 1995.
- LINDESMITH, A.R.; STRAUSS, A.L. y DENZIN, N.K.: *Social Psychology* (eighth edition), California, Thousand Oaks, Sage Pub, 1999.
- LISKA, A.E.: "The Dissipation of Sociological Social Psychology", en *American Sociologist*, vol. 12, 1977, pp. 2-8.
- LÓPEZ, M.M. y ZÚÑIGA, R. (eds.): *Perspectivas críticas de la psicología social*, San Juan, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1988.

- MARTÍN-BARO, J.I.: *Acción e ideología: psicología social desde Centroamérica*, San Salvador, UCA Eds., 1983.
- : *Sistema, grupo y poder: psicología social desde Centroamérica II*, San Salvador, UCA Eds., 1989.
- : "Religion as an Instrument of Psychological Warfare", en *Journal of Social Issues*, vol. 46, n° 3, 1990, pp. 93-107.
- MARTÍN-BARO, I.: *Psicología de la liberación*, Madrid, 1998.
- MCGUIRE, W.J.: "The Yin and yan of Progress in Social Psychology: Seven Koan", en *Journal of Personality and Social Psychology*, n° 26 (3), 1973, pp. 446-456.
- : *Constructing Social Psychology: Creative and Critical Processes*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999.
- MEDINA, E.: *Conocimiento y sociología de la ciencia*, Madrid, CIS-Siglo XXI, 1989.
- MOGHADDAM, F.M.: "Psychology in the Three World: as Reflected by the 'Crisis' in Social Psychology and the Move Towards Indigenous Third World Psychology", en *American Psychologist*, n° 47, 1987, pp. 12-920.
- : "Modulative and Generative Orientations in Psychology: Implications for Psychology in the Three Worlds", en *Journal of Social Issues*, vol. 46, n° 3, 1990, pp. 21-41.
- MONTERO, M.: "Ideology and Psychological Research in Third World Contexts", en *Journal of Social Issues*, vol. 46, n° 3, 1990, pp. 43-45.
- : "La Psicología Social en la América Latina", en D. Páez y A. Blanco (coord.), *Psicología Social Latinoamericana: Una visión crítica y plural*, *Anthropos*, n° 156, 1994.
- MOSCOVICI, S.: "Society and Theory in Social Psychology", en J. Israel y H. Tajfel (eds.), *The Context of Social Psychology: A Critical Assessment*, London, Academic Press, 1972.
- : "The history and actuality of social representations", en U. Flick (ed.), *Defining the social*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998, pp. 209-273.
- MUNNE, F.: *Entre el individuo y la sociedad*, Barcelona, PPU, 1990.
- PARKER, I.: *The Crisis in Modern Social Psychology and How to End It*, London, Routledge, 1989.
- PARKER, I. y SHOTTER, J. (eds.): *Deconstructing Social Psychology*, London, Routledge, 1990.
- PARSONS, T.: *The Social System*, The Free Press of Glencoe, 1995.
- : "Psychology and Sociology", en J. Gillin (ed.), *For a Science of Social Man*, Nueva York, The Macmillan Comp., 1954.
- : "An Approach to Psychological Theory in Terms of the Theory of Action", en S. Koch (ed.), *Psychology: A Study of a Science*, vol. 3, Nueva York, McGraw-Hill, 1959, pp. 612-723.

- RIJSMAN, J. y STROEBE, W. (eds.): *European Journal of Social Psychology*, 19 (5), 1989. Número especial.
- RING, K.: "Experimental Social Psychology: Some Sober Question about Some Frivolous Values", en *Journal of Experimental Social Psychology*, nº 3, 1967, pp. 113-123.
- RITZER, G. y GINDOFF, P.: "Methodological Relationism: Lessons for and from Social Psychology", en *Social Psychology Quarterly*, vol. 2, 1992, pp. 128-140.
- ROGER, R.S.; STENNER, P.; GLEESON, K. y ROGERS, W.S.: *Social psychology: A critical agenda*, Cambridge, Polity Press, 1995.
- ROSNOW, R.L.: *Paradigms in Transition*, New York, Oxford University Press, 1981.
- SALAZAR, J.M.: *Bases psicológicas del nacionalismo*, México, Trillas, 1983.
- SALAZAR BONDI, A.: "¿Existe una filosofía de nuestra América?", en J.J.E. Gracia e I. Jaksic (eds.), *Filosofía e identidad cultural en América Latina*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1988, pp. 339-361.
- SILVERMAN, I.: "Why Social Psychology Fails?", en *Canadian Psychological Review*, nº 18 (4), 1977, pp. 353-358.
- SLOAN, T.S.: "Psychology for the Third World?", en *Journal of Social Issues*, vol. 46, nº 3, 1990, pp. 1-20.
- SMELSER, N.J. y SMELSER, W.T. (eds.): *Personality and Social Systems*, Nueva York, Wiley, 1973.
- SMITH, M.B.: "Is Experimental Social Psychology Advancing?", en *Journal of Experimental Social Psychology*, nº 8, 1972, pp. 86-96.
- STEINER, I.D.: "Whatever Happened to the Group in Social Psychology", en *Primera Conferencia Anual Katz-Newcomb pronunciada en Ann Arbor, Michigan*, 20-abril-1973.
- STRYKER, S.: "The Two Psychologies: Additional Thoughts", en *Social Forces*, nº 68 (1), 1989, pp. 45-54.
- : "Consequences of the Gap Between 'The Two Social Psychologies'", en C.W. Stephan, W.G. Stephan y T.F. Pettigrew (eds.), *The Future of Social Psychology*, Nueva York, Springer-Verlag, 1991.
- : "'In the Beginning There is Society': Lessons from a Sociological Social Psychology", en C. McGarty y S.A. Haslam (eds.), *The message of social psychology*, Oxford, Blackwell, 1997, pp. 313-327.
- WEXLER, P.: *Critical Social Psychology*, London, Routledge and Kegan Paul, 1983.